

La Cuarta Internacional en Francia **Entrevista de CLR James a León Trotsky** **Abril de 1939**

(Versión castellana desde “La Quatrième Internationale en France. Interview par CLR James” en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, textos escogidos y comentados por Pierre Broué, Les Éditions de minuit, París, 1967, páginas 631-638, también para las notas. Extraído de las conversaciones con CLR James, historiador y militante negro estadounidense, en Coyoacán, en abril de 1939 (T 4560).

Como en numerosos documentos internos, Trotsky figura bajo el pseudónimo de *Crux*.)

JAMES.- Sería agradable escuchar lo que el camarada Crux [Trotsky] piensa del fantástico ascenso de la combatividad de los obreros franceses y, paralelamente, del declive incontestable de vuestro propio movimiento en Francia durante el mismo período. En la conferencia de fundación¹ se consagraron seis sesiones a la cuestión francesa y, en el último momento, aún se produjo una discusión sobre la resolución que se iba a presentar. Ello ya da una idea de las dificultades. C y S pensaban que se trataba exclusivamente de un problema de dirección y de organización. Blasco² pensaba que los camaradas franceses eran capaces de analizar la situación política pero que eran incapaces de intervenir de forma activa en la lucha de las masas. Mi opinión personal es que tal estado de cosas es el resultado de la composición social del grupo, de su concentración en París y del interés predominante que le da a las cuestiones puramente políticas en detrimento de los problemas de las fábricas, aunque he podido observar a mediados de 1937 un gran cambio en este punto de vista. Creo, sin embargo, que se trata de una cuestión que exige reflexión y análisis serios [...]

CRUX (TROTSKY) [...] La cuestión es saber por qué no progresamos en función del valor de nuestras ideas [...]. No progresamos políticamente. Este hecho es la expresión del retroceso general del movimiento obrero en los últimos quince años. Cuando declina el movimiento revolucionario de forma general, cuando una derrota sigue a otra derrota, cuando el fascismo se extiende por el mundo entero, cuando el marxismo oficial se encarna en la más formidable máquina de engañar a los trabajadores, cae por su peso que los revolucionarios sólo pueden trabajar contra la corriente histórica general. Y ello cuando incluso sus ideas son tan inteligentes y exactas

¹ La “conferencia de fundación” (solamente bautizada más tarde como “congreso”) de la IV Internacional se había realizado el 3 de septiembre de 1938 en la casa de Alfred Rosmer, en Périgny. Asistieron veinticinco delegados representando a once secciones nacionales. El principal organizador en el plano material fue Marc Zborowsky, conocido en el movimiento bajo el pseudónimo de “Etienne”, la mano derecha de León Sedov, hijo de Trotsky, en el Secretariado Internacional y en realidad agente de Stalin desde hacía años. La conferencia se celebró en el momento en que el movimiento trotskysta acababa de recibir duros golpes de la Gpeu: simbólicamente eligió para la presidencia de sus trabajos a tres víctimas (o presuntas víctimas con alguna verosimilitud) de este horror: el mismo León Sedov, Rudolf Klement y Erwin Wolff.

² Blasco es el pseudónimo de Pietro Tresso. Antiguo secretario de la organización del PC clandestino se había convertido en uno de los dirigentes de la Oposición Internacional. Condenado en 1943 a diez años de trabajos forzados por un tribunal de Vichy, Blasco desaparecería bajo circunstancias aún no completamente dilucidadas pero verosímilmente porque su calidad como dirigente trotskysta había sido reconocida por jefes F.T.P. que le habían ayudado a evadirse de la prisión de Puy. Ver *Blasco (Pietro, la vida de un militante)* por Azzaroni, Pierre Naville e Ignacio Silone.

como se pueda desear. Porque las masas no se educan a través de los pronósticos o concepciones teóricas sino a través de la experiencia general de su vida. Esta es la explicación global: el conjunto de la situación está en contra nuestra. Es necesario que se produzca un giro en la toma de conciencia de clase, en las reacciones y sentimientos de las masas, un giro que nos dará la posibilidad de alcanzar un gran éxito político.

Recuerdo discusiones en 1927, en Moscú, tras el aplastamiento de los obreros chinos por Chiang Kai-shek. Lo habíamos predicho diez días antes y Stalin nos respondió con afirmaciones del género: “Borodin vigila”, “Chiang Kai-shek no puede materialmente traicionarnos”, etc. Ocho o diez días más tarde se producía la tragedia y nuestros camaradas expresaron su confianza: nuestro análisis era tan manifiestamente correcto que todo el mundo se daría cuenta y estábamos seguros que arrastraríamos al partido. Yo respondí que el estrangulamiento de la revolución china era mil veces más importante para las masas que todas nuestras predicciones. Nuestras predicciones podían convencer a un puñado de intelectuales que se interesasen en esos problemas pero no a las masas.

La victoria militar de Chang tenía que provocar, inevitablemente, un reflujo, una desmoralización, y no podía favorecer en nada a la progresión de una fracción revolucionaria.

Desde 1917 hemos conocido una larga serie de derrotas. Somos como gente que intentase escalar una montaña y que recibiese continuamente avalanchas de piedra y nieve. Se ha creado entre las masas, en Asia y en Europa, un sentimiento nuevo de decepción [...]. Ahora están profundamente descorazonadas. Es el sentimiento que prevalece entre los trabajadores, y ese es el motivo global de nuestras propias debilidades. No nos es posible situarnos al margen de la corriente histórica general, al margen de la disposición general de las fuerzas. La corriente va contra nosotros, eso está claro.

Recuerdo el período entre 1908 y 1913 en Rusia. En aquella época también estábamos nosotros en plena reacción. En 1905, sin embargo, teníamos a los obreros con nosotros, pero en 1908, e incluso en 1907, comenzó ya la gran reacción, el gran reflujo. Todo el mundo inventaba consignas y métodos nuevos para conquistar a las masas pero nadie lo lograba. Todo lo que se podía hacer en aquella época era formar cuadros, pero se fundían literalmente enseguida. Se producían numerosas escisiones, a derecha, a izquierda, hacia el sindicalismo, hacia otra parte... Lenin permanecía en París con un pequeño grupo, una secta. Sin embargo, mantenía la confianza pues sabía que muy pronto se abrirían posibilidades de recuperación. Es lo que ocurrió en 1913, año en el que se produjo una nueva oleada cuyo desarrollo rompió la guerra. Durante la guerra, en primer lugar reinó entre los obreros un silencio de muerte. La gente que se reunió en Zimmerwald estaba formada por elementos en su mayoría muy confusos. En lo más profundo de las masas, en las trincheras y en otros lugares, existía seguro un estado de ánimo nuevo, pero subterráneo de tal forma, aterrorizado de tal forma aún, que no podíamos ni esperarlo ni darle una expresión. Por ello el movimiento se sentía tan miserable e incluso la mayor parte de la gente que se había reunido en Zimmerwald iba a girar a la derecha durante los meses siguientes. No quiero descargarla de su responsabilidad personal, pero en esto también se precisa una explicación global: y ésta es que el movimiento zimmerwaldiano tenía que nadar contra la corriente.

Nuestra situación es incomparablemente más difícil que la de ninguna otra organización en ninguna otra época. Tenemos que soportar el peso terrible de la traición de la Internacional Comunista que se levantó, precisamente, contra la traición de la II Internacional. La degeneración de la III Internacional se ha producido tan rápidamente y de forma tan inesperada que la misma generación que nos escuchó hace tiempo anunciar

su formación es la que tiene que escucharnos ahora denunciar su traición. Y esos hombres recuerdan que ya escucharon todo eso una vez.

Hay que tener en cuenta también la importancia de la derrota de la Oposición de Izquierda en Rusia. Pues la IV Internacional está ligada por su nacimiento a la Oposición de Izquierda rusa, y las masas, por cierto, nos llaman los “trotskystas”. Se nos dice: “Trotsky quiere tomar el poder. Pero ¿Por qué lo ha perdido?” Es evidentemente una cuestión de fondo. Tenemos que empezar respondiendo a ello explicando la dialéctica de la historia, de la lucha de clases: toda revolución engendra una reacción. Max Eastman ha escrito que Trotsky le concedía demasiada importancia a la doctrina y que, si hubiese tenido más sentido común, no hubiese perdido el poder. Efectivamente, no hay nada en el mundo más convincente que el éxito, y nada más repulsivo, sobre todo para las amplias masas, que una derrota.

Es necesario, pues, añadir la degeneración de la Internacional Comunista, por una parte, y, por otra parte, la terrible derrota de la Oposición de Izquierda en Rusia, seguida de su exterminio. Estos hechos son mil veces más convincentes para la clase obrera que nuestro pequeño diario, incluso si alcanza la tirada fantástica de cinco mil ejemplares de nuestro *Socialist Appeal*³. Estamos a bordo de un frágil esquife en medio de una terrible corriente. A bordo de cinco o seis barcos, uno naufraga y enseguida se dice que es culpa del piloto. Pero la verdadera razón no radica ahí. La verdad es que la corriente es demasiado fuerte. He ahí la explicación más general, la que nunca debemos olvidar si nosotros, la vanguardia, no queremos caer en el pesimismo o el desánimo. Pues este ambiente marca a todos los grupos que se reúnen alrededor de nuestra bandera. Hay elementos valerosos a los que no les gusta ir contracorriente: es su carácter. Hay gente inteligente que tiene mal carácter, que nunca ha sido disciplinada y que siempre ha buscado una tendencia más radical o más independiente: han encontrado la nuestra. Pero tanto unos como otros son siempre más o menos *outsiders*, al margen de la corriente general del movimiento obrero. Su gran valor tiene, evidentemente, su lado negativo pues quien nada contra la corriente no puede estar ligado a las masas. También la composición social de un movimiento revolucionario que comienza a construirse no es de predominancia obrera. Los intelectuales son los primeros descontentos con las organizaciones existentes. En todas partes también hay muchos extranjeros que, en su propio país, no se hubieran mezclado tan fácilmente con el movimiento obrero. Un checo será más fácilmente miembro de la IV Internacional en Méjico o en los Estados Unidos que en la misma Checoslovaquia. Y lo mismo sirve para un francés en los Estados Unidos. Pues la atmósfera nacional ejerce una profunda influencia sobre los individuos.

Los judíos, por ejemplo, a menudo son a medias extranjeros, no asimilados del todo completamente: se adhieren voluntariamente a toda tendencia nueva, crítica, revolucionaria o a medias revolucionaria, sea en política, arte o literatura. Una tendencia revolucionaria novedosa, que va contra la corriente general dominante de la historia en un momento determinado, se cristaliza en primer lugar alrededor de hombres que están más o menos separados de la vida nacional, sea en el país que sea: es precisamente a causa de ellos por lo que es más difícil penetrar en las masas. Por supuesto que tenemos que criticar la composición social de nuestra organización y modificarla, pero también tenemos que comprender que no ha caído del cielo, que está determinada, por el contrario, tanto por la situación objetiva como por el carácter de nuestra misión histórica en este período.

³ Órgano de los trotskystas en los Estados Unidos.

Todo ello no quiere decir que podamos satisfacernos con tal situación. En Francia, por ejemplo, existe además a vieja tradición del movimiento obrero que no deja de tener relación con la composición social del país, sobre todo en el pasado: por una parte una mentalidad pequeño burguesa (el individualismo) y por otra parte un *élan* [impulso], una extraordinaria capacidad de improvisación. Si se les compara en la época clásica de la II Internacional, se da uno cuenta que el partido socialista francés y la socialdemocracia alemana tenían en el parlamento el mismo número de diputados. Pero no era posible comparar las organizaciones. Los franceses sólo eran capaces de recolectar 25.000 francos, y además al precio de las peores dificultades, mientras que para los alemanes recoger medio millón no les planteaba problema alguno. Los alemanes tenían en sus sindicatos varios millones de obreros, los franceses algunos millones que no pagaban sus cotizaciones. Engels acaba con estas palabras una carta en la que había caracterizado a la organización francesa: “¡Y, como de costumbre, las cotizaciones no entran!”

Nuestra organización francesa sufre la misma enfermedad, la dolencia francesa tradicional, esa incapacidad para la organización y, por supuesto, al mismo tiempo la ausencia de condiciones que le permitiesen la improvisación. Además, en la medida en que Francia ha conocido un ascenso obrero, éste se ha producido en relación con el Frente Popular. En ese contexto, la derrota del Frente Popular ha constituido la prueba de que nosotros teníamos razón, como, anteriormente, con el exterminio de los obreros chinos. Pero una derrota es una derrota y se vuelve directamente contra las tendencias revolucionarias, al menos hasta que se produzca un nuevo ascenso a un nivel superior. Necesitamos prepararnos sobre todo y esperar un elemento nuevo, un factor nuevo en la configuración general de fuerzas.

En Francia hay camaradas, como Naville y otros, que se nos unieron hace quince, dieciséis años, cuando todavía eran gente joven. Ahora, sin embargo, son hombres maduros, y durante toda su vida consciente no han recibido más que golpes, sufrido derrotas, terribles derrotas, y se han acostumbrado. Aprecian mucho la justeza de sus concepciones, son capaces de buenos análisis, pero jamás han sido capaces de penetrar en las masas, de trabajar en su seno, jamás han podido aprender a hacerlo. Ahora bien, es terriblemente necesario mirar lo que pasa en las masas. Pero tenemos camaradas en Francia que son así [...]

¿Por qué hemos perdido hombres? Tras esas terribles derrotas mundiales el ascenso obrero en Francia se produjo en un nivel muy bajo, muy primitivo políticamente, bajo la dirección del Frente Popular. Todo el período del Frente Popular ha sido una especie de caricatura de nuestra revolución de Febrero. Es una vergüenza para Francia que, hace ciento cincuenta años, atravesó la más gran revolución burguesa del mundo, que su movimiento obrero haya tenido que pasar por una caricatura de la revolución rusa.

JAMES.- Entonces ¿usted no hace recaer toda la responsabilidad sobre el partido comunista?

TROTSKY.- Constituye un factor importante en la elaboración de la mentalidad de las masas y se puede decir, en efecto, que la degeneración del partido comunista ha sido un factor muy activo.

En 1914 los bolcheviques dominaban completamente el movimiento obrero. Las estadísticas más serias demuestran que, en vísperas de la guerra, los bolcheviques no representaban menos de las tres cuartas partes de la vanguardia obrera. Sin embargo, con el principio de la Revolución de Febrero, los elementos más atrasados, los campesinos, soldados e incluso antiguos obreros bolcheviques, se vieron atraídos por ese corriente frentepopulista. El partido bolchevique quedó reducido al aislamiento y

muy debilitado. La corriente general estaba en un nivel político bajo pero era pujante y llevó, finalmente, a la Revolución de Octubre. Se trata de una cuestión de ritmos. En Francia, llegando tras todas esas derrotas, el Frente Popular atrajo a elementos que tenían simpatías hacia nosotros en el plano de las ideas pero que estaban involucrados en el movimiento de masas y aún nos vimos más aislados que anteriormente, al menos durante algún tiempo.

Hay que tener en cuenta todos esos elementos. Puedo afirmar que muchos de nuestros dirigentes (¡atención, no todos!), sobre todo en las secciones más antiguas, se verán marginados del movimiento de las masas revolucionarias durante el nuevo giro y que aparecerán en la corriente revolucionaria nuevos dirigentes, una dirección fresca.

En Francia, la regeneración de nuestro grupo comenzó con la entrada en el partido socialista. Esta política no fue comprendida claramente por todos; nos permitió sin embargo ganar nuevos militantes. Desgraciadamente, esos novatos estaban acostumbrados a un medio amplio y, tras la escisión, se han desanimado un poco. En el fondo no estaban todavía suficientemente templados, no han podido mantenerse y han sido arrastrados por la corriente del Frente Popular. Es desagradable pero explicable [...]. No hay que olvidar que en Rusia perdimos nuestra primera revolución, la de 1905. Antes de 1905 teníamos una tradición de gran valor y espíritu de sacrificio, de fuerza. Después nos vimos reducidos al estado de miserable minoría, puede que de treinta a cuarenta hombres. Después vino la guerra...

JAMES.- ¿Con cuántos militantes contaba el partido bolchevique?

TROTSKY.- En 1910, con algunas decenas en todo el país. Había bastantes en Siberia pero no estaban organizados. La gente a la que Lenin podía llegar por carta o por un agente no era más de treinta o cuarenta personas. Nuestra tradición, las ideas que habíamos extendido entre la vanguardia obrera, constituían un extraordinario capital que debía ser utilizado, más tarde, durante la revolución, pero en aquella época estábamos completamente aislados. [...]

La Historia tiene sus propias leyes, muy potentes, ¡más potentes incluso que nuestras propias concepciones teóricas de la Historia! Hoy en día, en Europa, tenemos la catástrofe, el declive, el exterminio de todos los países. Ello pesa mucho sobre los obreros. Por una parte ven todas esas combinaciones diplomáticas, esos movimientos de armas y, por otra parte, a un grupo minúsculo con un pequeño diario que da las explicaciones. Ahora bien, el problema para ellos es que mañana serán movilizados, que puede que maten a sus hijos. Existe una enorme desproporción entre las tareas y los medios.

Si ahora estalla la guerra, y parece que va a estallar, en el primer mes perderemos dos tercios de los militantes que tenemos ahora en Francia. Serán dispersados, en primer lugar: los jóvenes serán movilizados; pero subjetivamente se mantendrán fieles al movimiento. En cuanto a aquellos que no sean ni arrestados ni movilizados y que se mantengan fieles (puede que tres o cuatro, no puedo decir cuántos) quedarán completamente aislados⁴.

⁴ La primera parte de esta profecía iba a cumplirse. La declaración de guerra, la movilización y la represión desatada a partir del pacto germanosoviético, incluso contra los grupos antiestalinistas, iban a decapitar a los grupos trotskystas. El PCI, privado de sus dirigentes, se reconstituía en la clandestinidad bajo la forma de "comité" (CCI) de algunas decenas de miembros. El POI también se reconstituía (a partir de sus propios restos y de los estallidos de la izquierda del PSOP) en julio de 1940, bajo la ocupación. *La Vérité* clandestina, reaparecida en agosto de 1940, publicaría setenta y tres números de los cuales cincuenta y cuatro impresos. El movimiento trotskysta se reunificaba en octubre de 1943 bajo la etiqueta de Partido Comunista Internacionalista (PCI). Pagaría un pesado tributo a la represión. De sus militantes de guerra no sobrevivirían más que un puñado de antiguos: gente como David Rousset e Iván Craipeau, dirigentes de las Juventudes antes de la guerra, ejercían casi de figura de patriarcas.

Solamente después de numerosos meses, la crítica y el disgusto comenzarán a manifestarse a gran escala y un poco en todas partes: entonces nuestros camaradas aislados, un herido en un hospital, un soldado en su trinchera o una mujer en su pueblo, sentirán que la atmósfera ha cambiado y pronunciarán atrevidas palabras. E incluso quien sea un camarada completamente desconocido en una sección parisina devendrá el líder de un regimiento, de una división, y se sentirá un dirigente revolucionario. Es característico de nuestro período.

No quiero decir con ello que haya que resignarse a la impotencia de nuestra organización francesa. Creo sinceramente que, si los camaradas estadounidenses nos ayudan, podemos ganar al PSOP y dar un gran salto adelante. La situación está a punto de madurar e insiste en que sepamos explotar esta ocasión. Si nuestros camaradas se dejan convencer de que es preciso girar, la situación cambiará. Nuestros camaradas estadounidenses deben volver a Europa y no contentarse con dar consejos. Junto al Secretariado Internacional hay que decidir que nuestra sección debe entrar en el PSOP⁵. Éste cuenta con varios miles de miembros⁶. Para una revolución la diferencia no es enorme, pero para el trabajo de preparación de la vanguardia es considerable.

Abril de 1939

Edicions internacionals Sedov



Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org

En definitiva, como lo predijo Naville cuando combatía contra la entrada en el PSOP, el movimiento trotskysta se mantuvo mejor que el PSOP. El único prolongamiento del cual bajo la ocupación fue el movimiento de *l'Insurge* que asoció temporalmente a hombres como Marcel Valière, antiguo secretario de la Federación Unitaria de la Enseñanza, y Gilles Martinet.

El PCI, por el contrario, se demostraría incapaz de inscribirse seriamente en la oleada revolucionaria de 1944-1945 y conoció, a partir de esta fecha, una escisión tras otra, perdiendo, especialmente en favor del “rassemblement démocratique révolutionnaire”, nacido muerto, la casi totalidad de los antiguos dirigentes del POI que se habían mantenido o que habían vuelto a él.

⁵ James P Cannon, antiguo dirigente del PC de los Estados Unidos y secretario del *Socialist Workers Party*, organización trotskysta estadounidense, había ido a ofrecerles a los dirigentes del PSOP, en abril de 1939, subvencionar su diario *Juin 36*. La entrevista se celebró en París en presencia de Jean Rous. Pivert lo rechazó. (Guérin, *op cit*, página 278).

⁶ Según Daniel Guérin, el PSOP, cuyos dirigentes habían pensado primitivamente reclutar a una veintena de millares de adherentes, contaba en aquella fecha con entre 5.000 y 6.000 (*op cit*, página 271). El Secretariado Internacional, a invitación de Trotsky y con la participación de Cannon, zanjó la cuestión aprobando a la minoría Rous-Craipeau, cuyos miembros entraron individualmente en el PSOP. Votó una declaración: “La IV Internacional [...] no carga con la responsabilidad del POI y [...] ya no lo reconoce como sección.” La mayoría del POI, con Naville, colocada de esta forma fuera de la organización internacional, se desintegraría, sus miembros se unirían individualmente al PSOP en las semanas siguientes en vísperas de su estallido.